

ASOCIACIÓN DE MUJERES JUEZAS DE ESPAÑA



Hijas del miedo

y otros relatos de violencia de género

Hijas del miedo

Y otros relatos de violencia de género

Asociación de Mujeres Juezas
de España

© Asociación de Mujeres Juezas de España, 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Todos los beneficios obtenidos por la venta de este libro serán donados íntegramente a las víctimas de violencia de género.

Primera edición: noviembre de 2024

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2024
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 17.903-2024
ISBN: 978-84-1100-303-2

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

| | |
|---------|---|
| Prólogo | 9 |
|---------|---|

PRIMERA PARTE LA INFANCIA NO SE TOCA

| | |
|------------------------------|----|
| 1. La litera | 13 |
| 2. Carta a una niña valiente | 22 |
| 3. Cosas que nunca te dije | 29 |
| 4. Casas de muñecas | 39 |
| 5. La fuerza de lo invisible | 45 |
| 6. En la mirada de Aarón | 59 |

SEGUNDA PARTE ¿QUÉ LLEVABA PUESTO?

| | |
|---|----|
| 7. Relato del abismo | 69 |
| 8. El precio invisible de mi carnet de conducir | 86 |
| 9. Solo sí es sí | 90 |

TERCERA PARTE LAS QUE ESTÁN

| | |
|-----------------------------|-----|
| 10. Traducción e intérprete | 109 |
| 11. Pájaros en la cabeza | 122 |

| | |
|-------------------------|-----|
| 12. Confidencias | 141 |
| 13. La muerte del perro | 149 |
| 14. Una mirada gélida | 159 |

CUARTA PARTE
LAS QUE YA NO ESTÁN

| | |
|-----------------------|-----|
| 15. Miedo | 177 |
| 16. La encrucijada | 187 |
| 17. Hijas del miedo | 203 |
| 18. Señales | 210 |
| 19. La carta de Pablo | 222 |

La litera

ANA LIBERTAD LALIENA PIEDRAFITA
Magistrada y profesora en la Escuela Judicial
de España

Suena el despertador y ya es la tercera vez que lo pospongo; no hay más alternativa, es hora de levantarse y empieza el espectáculo de cada mañana.

—Vamos, chicos. Daoos prisa, que luego tenemos que ir pitando a todas partes. Venga, no os hagáis los remolones y a levantarse de la cama. ¿Qué tal han dormido mis pimpanillos? Como tronquitos, ¿eh? Bueno... ¿qué vais a querer desayunar? ¿Un yogur o leche con cereales?

—Chicos, os dejo aquí la ropa preparada, que me tengo que ir ya —dice mi pareja—. Venga, cuando terminéis vestiros solos, que mamá dice que se mete en la ducha ahora.

—¡¡¡Sííí!!! Por favor vestíos en cuanto acabéis de desayunar porque cuando yo termine saldremos disparados para el cole.

Me ducho en un santiamén. La verdad es que voy cada día corriendo a todas partes.

—¡¡Chicos!! Ya he salido de la ducha, ¿cómo vais? Espero que estéis vestidos... ¡Genial! ¡Sois los mejores! ¡Venga, vámonos!

Por fin llego al despacho. Entra algo de luz, pero no mucha porque el día es de esos nublados que parece que puede mejorar pero que finalmente no lo hace. No me ha dado tiempo de mirar si lloverá y será una gracia como lo haga y yo no tenga paraguas.... De todos modos, la predicción no sirve de mucho porque últimamente tampoco atinan. Porque ¡madre mía!, ni los del tiempo son capaces de acertar siempre, por mucho que tengamos algoritmos para todo. En fin...

—Señoría, menudo día nos espera hoy —me dice Manoli—. Tenemos toda la mañana de juicios civiles y además han traído a una de violencia de género, aunque creo que ella no quiere hablar, así que igual con un poco de suerte nos vamos a comer a casa.

Empiezo a leer sobre el caso. Se trata de una mujer que ha llamado al 112, asustada, diciendo que su marido estaba como un loco, pero cuando ha llegado la policía no observan nada. La señora dice que allí no ha pasado nada, que está todo bien y que se ha asustado un poco porque él gritaba, pero nada más. No tiene signos externos de violencia y la policía solo explica en el atestado que a su llegada, la mujer estaba tranquila.

Bueno, pues listo. De momento no parece que haya nada, así que vamos a ver qué nos cuenta.

—¡Manoli! Por favor cuando esté todo listo avisa, que yo ya estoy.

—Señoría, ya le he hecho el ofrecimiento de acciones y dice que no ha pasado nada, que no tiene nada que contar.

—Bueno, pues que pasen todos y que me lo diga a mí también.

Por lo que los abogados y la familia no tardan en entrar.

—Hola, buenos días, siéntese. Soy la jueza del juzgado, la señora que está aquí representa al Ministerio Fiscal, este

señor es el abogado de su marido y a esta señora ya la conoce porque es su abogada.

—Señoría —interviene la abogada de la mujer—, mi clienta no quiere declarar.

—Muchas gracias por la información, letrada —aclaro para dirigirme acto seguido a su clienta—. Señora, comparece usted como denunciante-testigo en este procedimiento. Ya le han informado de cuáles son sus derechos y, como acaba de evidenciarse, además, su letrada ya le ha explicado que usted tiene derecho a acogerse a la dispensa de la obligación de declarar. No obstante, debo advertirle que en este caso su declaración es muy importante porque si ha sufrido algún tipo de violencia, nadie mejor que usted para contarnos qué es lo que ha sucedido.

—No, Señoría. No tengo nada más que declarar porque en mi casa no ha pasado nada más allá de una discusión. Mis hijas están bien y yo estoy bien, él es un padre ejemplar y las quiere muchísimo y a mí también. Fue un arrebató, una chiquillada, lo de coger el teléfono y llamar. Siento que se haya movilizadó toda la policía y que estemos aquí todos perdiendo el tiempo. A partir de aquí no quiero contestar a nada más, ya he dicho todo lo que tenía que decir.

Me quedo pensando unos instantes porque a mí eso del padre ejemplar siempre me ha sorprendido mucho. ¿Qué te debe convertir en un padre o madre ejemplar? Un día tengo que reflexionar al respecto...

—Bien, pues la veo firme, si es así no vamos a insistir más, entiendo que ha hablado con su letrada y que conoce las consecuencias posibles de la declaración que acaba de prestar. En cualquier caso, si cambia de opinión, recuerda algo o cree que hay alguna cosa que no nos ha contado o que quiera expresar, siempre puede volver al juzgado o acu-

dir a la comisaría de policía o a llamar al 112. El hecho de que hoy usted no haya querido contestar a nada más no significa que no pueda cambiar de idea y venir otro día a hacerlo, yo estaré aquí todos los días y siempre estoy dispuesta a escuchar.

—Muchas gracias, pero ya le digo, Señoría, que no hay nada sobre lo que cambiar de idea. Adiós, buenos días.

Sin más que añadir, me dirijo a la sala de vistas, donde tengo los casos civiles parados.

—Señoría, la letrada de la Administración de Justicia dice que cuando acabe este juicio baje un momento al juzgado si puede, que le tiene que contar algo del caso de violencia de esta mañana.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado? —le pregunto en cuanto, por falta de tiempo, la LAJ sube directamente hasta mí.

—Pues que mientras estabas con la madre dentro, me han dicho que la hija quería hablar contigo. Les he dicho que luego te lo decía, pero se me ha pasado y cuando me he acordado me han dicho que ya habías subido.

—Y ¿sabes qué quiere contarme?

—Ni idea, no me ha dicho nada más, que te lo contaría a ti.

—Bueno, pues que llamen a la fiscal y que venga un momento, a ver qué pasa. Manoli, entras tú un momentito, por favor, a recoger esta comparecencia por si acaso.

Manoli me mira y yo ya sé por qué lo hace y en qué está pensando: vamos a salir a las tantas. Hago como si no pillara lo que quiere decirme. Es una de las mejores funcionarias del equipo y supertrabajadora, ¿por qué razón entonces el paso del tiempo nos vuelve menos sensibles y nos hace perder de vista cuáles son las cosas importantes o la razón por la nos dedicamos a esto? ¿Me estaba pasan-

do a mí también? ¿Me daría cuenta cuando sucediese? Aparco el pensamiento porque no tengo tiempo para ello...

Entro en el despacho. La niña no pasa del metro treinta, es un poco más que alta que mis pimpollos. Me mira con los ojos bien abiertos, examinándome, como decidiendo, callada. Luego pensé que lo que estaba decidiendo justo entonces era si hablaba o no y descubrí lo importantes que fueron esos instantes iniciales que podrían haber determinado la mentira, el silencio o el relato que vendría a continuación.

Yo la miro con la mejor de mis sonrisas, la más acogedora, tratando de poner en práctica todo lo que he aprendido en los cursos de habilidades blandas. Se sienta en la silla junto a la fiscal y yo lo hago también a su lado. Empieza con su relato muy decidida. No sabemos qué quiere contar, pero es evidente que ella sabe muy bien lo que quiere decirnos. No me da tiempo a decir nada.

Comienza diciendo que su mamá es muy fuerte. Mueve las piernas, que le cuelgan al no llegarle los pies al suelo. Yo trato de estar muy atenta ya que quiero mostrarme lo más cercana posible para que se sienta cómoda. Dice que su papá había llegado tarde porque había estado trabajando y que estaba cansado.

—Lo dijo muchas veces, lo de que estaba cansado. Mamá le decía que nosotras somos niñas y que necesitamos más atención que él, pero papá no lo entendía. Quiero muchísimo a papá, juega un montón con nosotras. ¿Sabes que siempre nos abraza superfuerte? Y dice que nos quiere más que a nadie y a mamá también...

¿Qué me va a contar esta niña? ¿Por dónde van los tiros? No lo veo venir, ¿habrá abusado de ella? ¿Le habrá pegado? Tal vez no es nada de eso, yo es que ya veo delitos por todos lados de tanto escuchar relatos así todos los días...

—Mi papa no es malo, ¿eh?

—No, reina, nadie ha dicho que tu papá sea malo, nada de eso.

—Alguna vez he ido al médico porque me he hecho daño.

Se me encienden las alertas.

—Vaya ¿cómo te hiciste daño, reina?

—Dice que se ha caído —interviene la fiscal—, que ayer por la noche se cayó otra vez.

—Vaya. Y ¿dónde te caíste?

—En el cuarto.

—¿Y te hiciste daño?

—Mucho, ¿quieres ver las marcas?

—¿Dónde las tienes?

—En las piernas.

—Vale, si tú quieres enseñármelas...

Se levanta el pantalón de chándal hasta la rodilla y veo que tiene un gran moratón en el muslo.

—Y tengo otro en la espalda, luego te lo enseño.

—Vale. Vaya, pero ¿y cómo te caíste? Porque ese moratón es grande...

Madre mía, va a ser que le pega. Manoli me mira.

—Pues es que... esta noche, otra vez. Es que es muy pesado. Papá es muy pesado. Yo duermo con mi hermana en la litera. Como yo soy más mayor duermo arriba porque ella es pequeña y, bueno, se puede caer y esas cosas. Como yo ya soy mayor no me caigo. Me gusta más arriba porque como estás mucho más alto, ves toda la habitación desde allí, lo único es que si tengo pis tengo que bajar, pero papá ya me dice que lo haga despacio porque sino igual me caigo. Bueno, sigo. Pues estaba ya dormida y empieza papá a hacerse el pesado. Mamá le dijo que no fuera tan bestia, que estábamos durmiendo. Nos despierta, ¿sabes? Mamá le

decía que ahora no, que no tengo ganas, que no me encuentro bien, déjame. Y venga a oírse ruidos, ¡pam!, ¡pam! Mamá gritaba. ¿A que cuando alguien te dice que le dejes, le tienes que dejar? Pues papá, nada, ni caso. Y entonces mamá venga a llorar y le gritaba «¡para!». Pero papá no paraba, es muy pesado. Y venga ruidos y yo creo que hasta rompió alguna cosa porque se oía ¡pam! y mamá venga a decir que le dejara... Un día haré un agujero en la pared, que lo he visto en una serie que se puede hacer, para ver qué pasa.

—¿En qué pared?

—En la de mi cuarto, porque la habitación de mamá está justo al otro lado. Porque si no, no sé qué pasa... Qué agobio... Mi hermana, como es más pequeña, está siempre dormida y no se entera... A mi mamá la quiero infinito, a mi papá también lo quiero mucho... Bueno, el caso es que no me escuchaba. Yo venga a gritar: «¡Papiiiiiiiii! ¡Papiiiii-ii!». Pero nada, ni caso... Y me lo pensé, ¿eh? Porque la última vez que lo hice ya me había hecho daño, pero es que si no, no para... Así que ¡pumba! Me tiré. Grité muy fuerte, lo más fuerte que pude. Menos mal. Ya no oí nada, no oí gritar a mamá. Lloré mucho, porque es que me hice mucho daño, que esta vez me di con el lado de la mesilla, aquí en la pierna, lo que te he enseñado... ¿Has visto el moratón? Entonces papi vino al cuarto, me cogió del suelo y me dijo: «¿Qué ha pasado, cariño? ¿Te has despertado? ¿Otra vez te has caído? Duérmete, princesa». Le di un superabrazo, que no quería que se fuera de allí. Me subió a la cama y me tapó con la sábana y me dijo: «Venga, que me quedo aquí hasta que te duermas». Y se quedó.

—¿Y te dormiste, reina?

—Pues no. ¡Cómo me iba a dormir si no sabía nada de mamá! No se oía nada y me dolía todo, no sabía qué había

pasado, ni por qué gritaba mamá... Le dije a papi «¿y mami?», pero nada, no me dijo nada, solo: «Duérmete, cariño...». Al final papá se fue. Seguro que se pensó que me había dormido ya. Mira que abría los ojos, pero no conseguía ver nada de la habitación. Estaba a oscuras, veía luz por debajo de la puerta, la de la habitación de mamá, pero nada... no se oía nada. Entonces oí a papi, que le dijo: «Perdóname». ¿A que cuando has hecho algo mal hay que pedir perdón? Papi le dijo que no podía no tenerla... Mami no decía nada... Lloraba, yo creo que lloraba... Yo también lloraba... De repente se apagó la luz. Y entonces llamaron a la puerta de casa. Alguien vino porque se oía hablar a mamá con gente, pero no sé quiénes eran. Mamá vino a despertarnos por la mañana y menos mal que estaba bien, como si nada hubiera pasado. La miré por si tenía algo, pero nada, no tenía nada. Me dio un abrazo y yo le dije que quería más. La canija, como siempre, sin enterarse... menuda suerte. En la cocina estaba papá, también tan normal. Le miré también un rato, pero no vi nada. Preguntó qué íbamos a hacer hoy por la mañana en el cole, yo le conté y después de eso se fue a trabajar. Mamá no se despidió de él, estaba enfadada seguro... Me duele mucho... Y es que yo ya no puedo tirarme más que me doy fuerte. ¿Tú lo has hecho alguna vez? Esta vez me he dado fuerte y me he hecho daño...

—¿Lo has hecho más veces?

—Algunas... Es que si no no para...

Se le saltan las lágrimas. Yo no puedo apartar mis ojos de esa criatura de menos de metro treinta. Me parece tan fuerte, tan valiente, hay tanto amor en ella...

Terminamos. Cuando salimos de la sala, su madre pregunta. Su abogada trata de hablar con ella y acto seguido la miro, pero nada.

—Señoría, que no tiene nada más que añadir —dice la letrada—, pese a todo piensa que las niñas no se enteran y que él las quiere muchísimo.

Tras aquello, durante el transcurso de los días, oímos a todos los familiares que podemos, pero no hay suficiente. El padre ejemplar lo niega todo, dice que solo discuten, como cualquier pareja, así que vuelven a casa cada una de las veces. Al cabo de un tiempo me invade un vacío enorme; me siento impotente. No dejo de pensar en esa mirada cuando salió del juzgado con sus padres la primera vez, una mezcla de incomprensión, miedo y decepción.

—¡Venga que no llegamos! Chicos, por favor, cada día igual... ¡Venga! ¡A vestirse!

Parece que es otro día igual. Aunque este... este va a ser diferente.

—Dime, Manoli.

—Buenos días, Señoría. Ha venido la madre de la cría de hace unos días... que dice que le diga que quiere declarar otra vez, que parece que su hija se vuelto a caer de la litera.